

Ecós de los agitados años 60 en la academia

Echoes of the turbulent '60s in academy

María Elena Lora F.*

Resumen

Este artículo intenta señalar algunas circunstancias que permitan situar lo ocurrido en el mundo hace 50 años. Es importante destacar que cada época desarrolla un tipo particular de discurso que atraviesa y construye los lazos subjetivos de quienes la viven. No obstante, es importante advertir que elaborar un texto supone efectuar un recorte y elegir un recorrido que permita situar la presencia de sucesos y su influencia al inicio de nuevos movimientos propositivos, que marcaron afirmaciones para el futuro en la política, el orden social y la academia. Así, la propuesta para revisar la agitación de esa época es una lectura que examina la influencia de hechos decisivos, como los sucesos de mayo de 1968 en Francia y algunos debates que se produjeron entre el trabajo de los intelectuales y la crítica radical al orden social e institucional existente.

Al respecto, requiere ser mencionada la experiencia de la Iglesia Católica por su nueva propuesta y posición de compromiso, que no quedó al margen del momento histórico, en tanto generó movimientos políticos, sociales y polémicas en el campo intelectual. De igual manera, requiere ser evocada la presencia del psicoanálisis desde la perspectiva de Jacques Lacan, por lo fecundo e innovador de su propuesta singular sobre la construcción dinámica y variable de la noción de discurso y lazo social. La revisión de esa época y los temas en torno a los que gravitaban algunos desafíos del mundo contemporáneo son orientadores en tanto posibilitan una vía para

* Ph.D.(c): becaria de Vlaamse Interuniversitaire Raad-University Development Cooperation (VLIR-USO) de Bélgica. Psicoanalista, (AME) de la Nueva Escuela Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Contacto: mlora@ucb.edu.bo

abrir interrogantes y nuevas reflexiones ante lo que nos conmueve y sale al encuentro en este nuevo siglo.

Abstract

This article intends to point out some of the circumstances that would help understand what happened in the world the last fifty years. It is important to say that any period of time develops a particular discourse type, which builds up and cross over the subjective ties of those who live it. Nevertheless, it is important to warn that the elaboration of a text implies a cutting and the election of a pathway to locate the presence of events and its effects at the origin of movements with new propositions, which would leave their statements for the future in politics, social order and in the academy. So, this proposal to review the agitation of that time is a reading that examines decisive facts such as the events of May 1968 in France, some intellectual debates and the radical criticism to the social and institutional order. As for this point it is important to evoke the Catholic Church experience on its new view and its engaged posture, which did not stay aside from the historical moment, as it generated social and political movements and polemic discussions among intellectuals. Same wise, the presence of Psychoanalysis from the Lacan perspective is to be evocated because of the fecundity and innovation of its singular proposal on the dynamic and variable construction of notions such as discourse and social tie. Reviewing that period and those themes around some of the contemporary challenges lead us to open questions and new reflections in the presence of what comes upon and touch us in this new century.

Cada época caracteriza y desarrolla un tipo particular de discurso que atraviesa y construye la subjetividad y los lazos sociales de quienes la viven. Esta afirmación señala que las características que constituyen un momento histórico y marcan la subjetividad de una época no se determinan como algo fijo y homogéneo, sino que se trata de una construcción dinámica y variable.

Al respecto, indagar sobre algunos acontecimientos ocurridos en el mundo hace 50 años supone un recorte, implica elegir algún aspecto y tan solo subrayar un matiz, es decir, significa desistir de una operación de síntesis. Por otra parte, se trata de experiencias que requieren ser evocadas por lo fecundo e innovador de sus propuestas, sus debates y las consecuencias que generaron en movimientos sociales, políticos y religiosos, junto a polémicas en el campo intelectual. Así, nos aproximaremos a una lectura de los años sesenta a partir de los sucesos de mayo del 68, los acontecimientos de la Iglesia Católica y la

propuesta singular de Lacan sobre la noción de discurso y lazo social para leer y operar ante los fenómenos sociales.

El siglo XX amaneció con el libro *La interpretación de los sueños*, de Sigmund Freud, cuyo pensamiento inició una revolución teórica que marcó los tiempos modernos. Apenas aparecido el psicoanálisis, nace en Francia quien generaría una nueva forma de ver el descubrimiento freudiano: Jacques Lacan. Él camina paralelamente con la nueva época, los nuevos saberes, y se convierte muy pronto en un complejo escritor y autor de psicoanálisis; con su obra acabará por anudar el destino del psicoanálisis a los desafíos del mundo contemporáneo.

En 1939, la Segunda Guerra Mundial sacude a Europa y Jacques Lacan se sume en un pesado silencio, junto a un mundo que asistió atónito al poder destructor empleado por los seres humanos, enfrentados por segunda vez en una contienda de una atrocidad sin precedentes. Su voz, su presencia y su pluma reaparecen en 1946, tanto en el encuentro de Bonneval¹ –junto a psiquiatras, pensadores y psicoanalistas– como en la revista *Minotaure*², compartiendo posiciones con escritores, pintores y otros intelectuales.

Los años cincuenta son de lo más fecundo para su producción y su posicionamiento en el movimiento psicoanalítico. Comienza a dictar sus seminarios y su palabra impacta no sólo al mundo médico, sino al interior del literario y del intelectual. Su enseñanza ocupa un lugar destacable dentro de las producciones de la época. Conceptos como significante, discurso, sujeto del inconsciente, grafo del deseo, algoritmos y nuevas aproximaciones a lo real de la subjetividad humana, marcan su pensamiento y determinarán un viraje en la transmisión del psicoanálisis y otras disciplinas.

Llegan los años sesenta con la vida en ebullición, los jóvenes no sólo toman la palabra sino que la hacen circular llena de rebeldía, color y olor a yerbas extrañas; la sexualidad se abre a nuevos cauces con píldoras, drogas y música rock. Lo cotidiano adquiere matices fuertes, creando una sinfonía de color, música y palabra, donde los signos giran vertiginosamente. Lo nuevo no sólo llama al asombro, sino que convoca al cambio; los antiguos procedimientos, las formalidades sociales, las formas caducas de hacer el amor, la política y la calle son cuestionados, contestados y pintarrajeados. Y si bien surge una crítica al pasado, revestida, algunas veces, de formas de pura oposición alocada, también se gestan movimientos propositivos, que crean afirmaciones para el futuro. En

1 Jornadas psiquiátricas de Bonneval, realizadas en septiembre de 1946 bajo el título “El problema de la psicogénesis de las neurosis y de las psicosis”, en las que Lacan contribuyó con su ponencia “Acerca de la causalidad psíquica”.

2 Revista surrealista creada por George Bataille.



José Luis Cuevas: Sin título, 1998

el horizonte aparece una cierta estética de la ruptura, no sólo de la sorpresa.

La política en esta década deja de ser un asunto de diputados y la revolución cubana sacude no sólo a la América del Norte, sino a varios continentes. La juventud responde a la frase “un, dos, tres Vietnams” (Guevara, 1967), con miles de muertos y una dolorosa secuencia de conflagración bélica en varios pueblos del mundo. Como nunca las movilizaciones políticas llevan el sello de las nuevas generaciones. Asimismo, es importante señalar la estrecha relación que en esos años existía entre el trabajo de los intelectuales y la crítica radical del orden social, de tal modo que se anudaban a los movimientos estudiantiles, las movilizaciones obreras y las protestas de sectores de poca tradición combativa.

Al respecto, La Iglesia Católica no queda al margen de la nueva época, con la presencia de dos líderes encarnados en el Papa Juan XXIII y el Papa Paulo VI. Ambos inician un período de orientación y compromiso de la Iglesia ante los desafíos de la nueva realidad. El magisterio social en las encíclicas *Mater et Magistra*, *Pacem in terris* y *Populorum Progressio* fue profundamente apreciado, pues en estas pastorales se enfatiza sobre los derechos y deberes derivados de la dignidad del hombre como criatura de Dios. El Papa Paulo VI retoma las enseñanzas de su predecesor, subrayando que no se trata de definir nuevas verdades, ni condenar errores, sino que era necesario renovar la Iglesia para hacerla capaz de transmitir el Evangelio en los nuevos tiempos, buscando lo bueno de los nuevos tiempos y estableciendo un diálogo con el mundo moderno, centrándose primero “en lo que nos une y no en lo que nos separa” (Juan XXIII).

La teología postconciliar del Vaticano II fue una forma de hacer teología a partir de la opción preferencial por los pobres; ésta se caracterizó por el análisis profundo de la realidad económica, social y política de los países latinoamericanos; de ahí poco a poco surgieron las Comunidades Eclesiales de Base y

se constituyeron en un medio para transformar desde la fe las condiciones de opresión y dominación; la cuestión social se transforma en cuestión política.

Para la década de los sesenta, la *Populorum Progressio* es una de la encíclicas más importantes de la Iglesia Católica por el momento histórico, a pesar de que suscitó fuertes críticas en los medios más conservadores, sobre todo cuando se admite el derecho a la insurrección revolucionaria en caso de tiranía evidente y prolongada, lo que ofende gravemente los derechos fundamentales de la persona humana y daña el bien común del país. La tierra fue dada a todos y no sólo a los ricos. Quiere decir que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho absoluto e incondicional. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que es superfluo, cuando a los demás les falta lo necesario. En una palabra, “el derecho de la propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los Padres de la Iglesia y de los grandes teólogos” (*Populorum Progressio*, 1967). Si se llegase al conflicto “entre los derechos privados adquiridos y las exigencias comunitarias primordiales”, toca a los poderes públicos “procurar una solución, con la activa participación de las personas y de los grupos sociales” (*Populorum Progressio*, 1967).

En esta misma línea, las universidades se transforman en centros de rebeldía y oposición, no sólo al apetito capitalista de algunos países, sino al autoritarismo y la cerrazón de las clases dominantes. Efectivamente, París con mayo del 68, no fue la única ciudad donde se evidencia lo dicho; Berkeley, Córdoba (Argentina), México, Bonn, y otras más encuentran en sus calles y en el imaginario social la presencia subversiva y contestataria de los jóvenes. En Estados Unidos se inicia una serie de movilizaciones, como las ocurridas en Berkeley, con el Movimiento por la Libre Expresión (FSM), las protestas contra la guerra de Vietnam y el movimiento por los derechos civiles, que ese mismo año sufrió una pérdida atroz por el asesinato de dos líderes significativos: Marther Luther King y Robert Kennedy. Asimismo, surgieron nuevos hechos relacionados a estas convulsiones. Por un lado, en México estallaron otros actos de protesta que fueron violentamente reprimidos y llevaron a la muerte a cientos de jóvenes en la plaza de Tlatelolco de la ciudad de México; por otro lado, se vivía la llamada Primavera de Praga, a partir de la propuesta de vivir un socialismo con rostro humano.

Estos episodios tuvieron un efecto multiplicador de manifestaciones en varias otras ciudades, como Córdoba (Argentina) donde se produce una protesta ra-

dical conocida como “El Cordobazo”, que constituyó un punto de inflexión en la historia argentina de las últimas décadas.

Desde la perspectiva social y política, el movimiento intentaba, en su faz más utópica, cambiar al mundo y sus organizaciones. Quizás el sueño de una revolución se dibujaba en cada marcha, pero en la mira se apuntaba más a cercenar la intransigencia gubernamental, la rigidez, el autoritarismo pedagógico y la tradición conservadora de la enseñanza.

De esta forma, mayo del 68 despierta tanto a las universidades en París, como a la Universidad Autónoma de México, a la Universidad Libre de Berlín, a la Universidad Estatal de Córdoba, las cuales albergan los principales focos de sublevación estudiantil; los jóvenes brillan por su presencia contestataria. De allí surgen muchos líderes de este movimiento, militantes de la izquierda, militantes de la Iglesia del Tercer mundo y activistas políticos. Asimismo, están junto a este movimiento los teóricos que los acompañan, como Henri Lefebvre, Alain Touraine, Guy Debord, Jean Paul Sartre, Lucien Goldman y Pierre Bourdieu, quienes se colocan como los principales impulsores intelectuales de las ideas que alimentan la llamada revolución de mayo.

Sin embargo, es importante remarcar, por un lado, cómo en este movimiento estaban implicadas las dimensiones políticas de diferente manera en cada país y en cada universidad; por otro lado, este movimiento se diferenciaba de otras revueltas universitarias, porque se presentaba con cuestionamientos teórico-conceptuales, señalados por los grupos de jóvenes y los intelectuales participantes. Un ejemplo de este cuestionamiento estaba dirigido a una especie de enemigo conceptual, que se llamaba estructuralismo radical. Así, Lefebvre, Touraine y Sartre se levantaron en armas teóricas contra el llamado estructuralismo tajante, aquel que se definía como un sistema de relaciones estáticas e invariantes.

De hecho, las protestas en este movimiento se dibujaron en dos planos. Un plano estaba teñido de la protesta política contra la legitimidad de las formas gubernamentales, laborales y universitarias; buscando establecer diálogos multidireccionales con grados desiguales de convergencia; y, en el otro plano, se interpelaban ciertas posiciones teóricas en las ciencias sociales, comandadas en esa época por la lingüística y la antropología. Se cuestionaba un estructuralismo más interesado por las categorías básicas del pensamiento que por sus contenidos y su relación con lo real social, negando de esta manera la función de un sujeto creador en el origen de la estructura.

Desde la perspectiva social, estos movimientos intentaban, en su vertiente más utópica, cambiar el mundo y sus organizaciones. El sueño de una revolución se trazaba en cada marcha, cada acción, pero en cada acto se apuntaba concretamente a la intransigencia gubernamental, a la rigidez en las tradiciones de la enseñanza, a la intolerancia ante las reformas y los cambios.

El otro plano cuestionado fue el conceptual, donde la mayor crítica apuntaba al olvido de la historia y el menoscabado lugar de la singularidad. Los estudiosos querían avanzar por otros senderos, distintos al del positivismo y al de la fenomenología descriptiva. Plantean la necesidad de resaltar y analizar los andamiajes no visibles y las posibles disposiciones inconscientes de las prácticas colectivas. El saber se abrió al estudio de las relaciones simbólicas de las sociedades, así como al escrutinio y a la relativización de los niveles manifiestos de la realidad. Los críticos del 68 acentuaban el valor de la irrupción azarosa de un acontecimiento y la importancia de la acción en las ciencias humanas y sociales.

Los movimientos sociales y epistémicos tuvieron consecuencias en el mundo intelectual de la época. Así, dentro de las críticas, como se mencionó, las más impactantes fueron aquéllas que señalaban una supuesta ahistoricidad y el abuso de reflexiones conceptuales, en detrimento de acciones concretas. Las críticas obtuvieron resultados, las interpelaciones gritadas en las calles y escritas en la prensa, en diversos libros, las confrontaciones fueron escuchadas por algunos. Un resultado que tuvieron los cuestionamientos y las discusiones fue la creación de nuevos espacios académicos, que involucran a profesores y estudiantes en coloquios interdisciplinarios; constituyéndose los seminarios abiertos de Lacan, Barthes y otros intelectuales, en los que participan estudiantes, colegas y público en general y donde se interroga la obra de los maestros, se la desmonta y se la vuelve a construir enriquecida (Lacan, 1968).

Otro ejemplo de esta situación fue Louis Althusser, docente e influyente militante de un partido político. Muchos de sus discípulos plantearon que la filosofía surgida del pensamiento de Marx no podía quedar en una mera reflexión



Patricio Ujón: "Dr. Strange Love", 2008

abstracta, había que pensar estrategias de transformación. No se trataba de un simple retorno a los textos de Marx sino de tomar una posición frente a la praxis (Althusser, 1969).

Asimismo, muchos otros pensadores redefinían sus nuevas posiciones, tal el caso de Michel Foucault, quien ya era conocido por la publicación de una serie de textos fecundos para las ciencias humanas y sociales, donde la importancia del lenguaje y las leyes inconscientes ocupaban un lugar fundamental. Sin embargo, la influencia que recibió de los acontecimientos de mayo del 68 posibilitó su primer movimiento epistémico: intentar articular la cuestión de las estructuras con la dimensión de la historia; este vínculo se evidencia en su texto *La arqueología del saber* (Foucault, 1969).

En el campo de la lingüística también se observa la huella de este movimiento. Así, esta disciplina, que había fungido como vanguardia en el campo cultural y social, termina aceptando el impacto, y la historia es incluida dentro de las reflexiones y las posiciones de los estudiosos de las lenguas. Se abre un campo de estudio sobre los laberintos del lenguaje y su relación con el tiempo histórico. Pero no sólo los lingüistas incluyen la cuestión de la historia, sino que el creador mismo del estructuralismo, el antropólogo Claude Lèvi-Strauss, señala en un tono conciliador: “*El gran libro de la historia es un ensayo etnográfico sobre las sociedades pasadas*” (Dosse, 2006).

Por otra parte, el movimiento del 68 peleaba en el campo académico no solamente por un cambio frente al autoritarismo de los profesores, sino por una transformación de las rígidas estructuras universitarias. Un ejemplo de ello lo constituyó la universidad de la *Sorbona*, en tanto encarnaba entonces el dogmatismo más secante. Frente a la larga hegemonía del conocimiento clásico y concientista emerge el campo del inconsciente; ante el academicismo del aula se proponen nuevos espacios de lectura social y de análisis de los movimientos culturales. Así, desde distintos ámbitos se impulsa el diálogo entre disciplinas y corrientes: psicoanálisis, historia, lingüística, antropología, existencialismo, escuela de Frankfurt, entre otras.

En las universidades latinoamericanas, las interpelaciones de mayo del 68 y las movilizaciones estudiantiles se evidenciaron más claramente en el plano político, y las consecuencias de ello fueron la muestra flagrante de persecuciones y muerte que sufrieron centenas de jóvenes, quienes padecieron en cuerpo propio las represiones dictatoriales y la pérdida de sus derechos fundamentales, como el derecho a la vida, a la educación, a la opinión y a ser ciudadanos en sus propios países.

Jacques Lacan no quedó al margen de los sucesos del 68; en un acto que aparece congruente con su palabra, interrumpe su seminario en apoyo a la huelga convocada por los estudiantes. Otra intervención en público señala hasta qué punto Lacan no sólo seguía los sucesos sino que realizaba una lectura exhaustiva de los tiempos modernos, pues advierte que *“si hay algo que demuestran los sucesos del 68 es, precisamente, el descenso en las calles de las estructuras”* (Roudinesco, 1994). Lo ocurrido en esos años pone de manifiesto su escucha, su escritura y su posición como docente y como psicoanalista. Su pensamiento e influencia resurgen con más vigor que nunca, y logra escribir una propuesta que sorprende por su rigurosidad y pertinencia, y se materializa en la escritura de los cuatro discursos.

Para Jacques Lacan, discurso no es un mero modo lingüístico de enunciar, sino una modalidad lógica de los vínculos. Discurso es lazo, no enunciado. A partir de esta noción, él propone cuatro discursos en tanto constitutivos del mapa de lo social, fundados en relación al goce y organizados del siguiente modo: el discurso del amo, organizado alrededor del poder; el discurso de la universidad, organizado alrededor del saber; el discurso de la histérica, organizado alrededor del deseo, y el discurso analítico, organizado alrededor del “objeto *a*”, respecto a lo cual enfatiza: *“el discurso analítico es fundamentalmente diferente del régimen de los otros discursos”* (Miller, 2011). A partir de este dispositivo lógico, el campo de lo social queda especificado en su diversidad y permite orientarse y leer de una manera diferente las estructuras sociales. De esta manera, los sujetos se agruparán según la identificación, tanto en referencia al ideal como al deseo, o se vincularán a comunidades en referencia a ciertas condiciones de goce.

Cuando Lacan sentenció que eran las estructuras las que descendían a la calle, equiparó el movimiento social al síntoma y lo estableció como un nudo que debe leerse en relación a los lazos sociales y sus crisis. La revolución, cual revuelta, muestra cómo los vínculos sociales, en el campo político, llevan a la reedición, no tanto de los personajes, sino de las estructuras relacionales. Por lo tanto, es a la constitución, revelación y operatividad de esas estructuras adonde debe dirigirse un análisis serio de las encrucijadas políticas y los entuertos del poder. Así, es fundamental identificar que, si bien la crítica al estructuralismo radical acentuaba su inflexibilidad y dureza, por otra parte, las reflexiones y el pensamiento de la época recuperaron algunos conceptos importantes del mismo, para reorientar las ciencias humanas y sociales.

Este autor no sólo cuestiona sino que desenmascara los modos cómo ciertas instituciones se legitiman y se imponen como dispositivo moderno del discurso del amo. Si algo se desnuda es que el lugar del sujeto no depende de la voluntad, más bien el sujeto ocupa una plaza en las legalidades discursivas, donde la sujeción no se anula con consignas incendiarias ni con movilizaciones callejeras. El discurso del sujeto indica la ubicación del mismo como síntoma histórico frente al poder del amo. Lacan, al proponer el discurso como lazo social, transmite que, más allá de las palabras, están las funciones. Aun más, las estructuras discursivas son modalidades de acción de la relación del sujeto con el Otro. Así, el psicoanálisis no se construye de una teoría y de una práctica, es una praxis.

Las estructuras discursivas son operativos sociales, dispositivos en los cuales el sujeto ocupa diversos lugares según sus desplazamientos sociales, vale decir, se coloca en plazas indistintas acorde a las organizaciones culturales y políticas. En concomitancia con estas ideas, el discurso tal cual lo enuncia el psicoanálisis no se configura de manera cerrada, sino que su operatividad se estructura a partir de una falta.

No hay estructura sin fisura, como no existe una sociedad sin fracturas. La producción del “objeto *a*” vela el agujero de la estructura, abre y arroja al sujeto al vértigo de las palabras que producirá un dislocamiento de su decir cotidiano, porque al hablar se contorneará el silencio del goce y el vacío como algo consustancial al lenguaje y a la vida. No hay centro, no hay ley sin falla, no hay causa sino la ausencia. Resulta de todo esto un sujeto sometido a los lazos sociales; la estructura está agujereada; la ley del lenguaje es fallida; por lo tanto sólo cabe la multiplicidad de esquemas relacionales en el campo de lo social y político.

Estas consideraciones sobre un movimiento particular que sacudió al mundo, a los jóvenes de la época, a las universidades, a las disciplinas y a sus conceptos, intentan señalar cómo se abrió una vía para armar un contexto diferente, donde se posibilitaron posteriormente nuevas propuestas políticas, sociales, universitarias, de tal manera que no es posible leer el ingreso al nuevo siglo sin conocer ni entender los sucesos de esta experiencia de hace 50 años. Ese redescubrimiento de la subjetividad permitió redefinir y construir experiencias sobre las relaciones sociales, repensar la subjetividad a partir de la diversidad de identidades y sus vivencias, que coexisten en el núcleo mismo de la condición humana.

El siglo XXI transcurre bajo la presión del régimen capitalista, que, junto a la ciencia y a la tecnología, opera con un pragmatismo universal destinado a

obtener la uniformización de los sujetos, sus respuestas y, especialmente, sus modos de gozar. Sin embargo, es imperativo destacar que ante estos programas totalizantes aún se abren resquicios, como puntos de fracaso, en la presencia de nuevos movimientos sociales que nos interpelan, como el movimiento M15, más conocido como “los indignados”, el M132, nuevo movimiento de jóvenes en México; o el TIPNIS, movimiento indígena que busca la preservación de sus territorios y el medio ambiente. Jacques Lacan, partiendo del discurso analítico y la política del psicoanálisis, no pudo ser más contundente en su enseñanza al precisar que la existencia de estos sucesos constituyen un desafío, pues permite ubicar aquellas grietas desde donde se reorganiza la singularidad y se vislumbra que el deseo no es un viento pasajero que despeina la razón para mojar el cuerpo, sino que habita en lo vivo del sujeto. Así, el discurso analítico de orientación lacaniana cuestiona las soluciones globales frente al dolor de vivir y advierte sobre lo real del porvenir.

Por otra parte, una vez más la Iglesia Católica no se queda al margen del nuevo siglo y sus desafíos, advirtiéndonos

que ha llegado el momento de la síntesis, sin sumar, sin restar, sino uniendo fuerzas para salir al mundo de hoy y que la iglesia deje ser aduana y se convierta en casa de todos y, sobre todo, en hospital de campaña de los heridos por la vida, de los pobres marginados, de los tirados en las cunetas de la historia (Francisco I, 2014).

De este modo, el Papa Francisco I anuda a la vez las dos almas de la Iglesia Católica: la apertura al mundo moderno, y la defensa de la paz y los derechos humanos.

A modo de concluir, al menos una interrogante se abre: ¿cuál será ante nuestras concretas situaciones políticas, sociales y académicas actuales, la posición que como comunidad universitaria debemos tomar?

Referencias

1. Alemán, J. *Soledad: común. Políticas en Lacan*. Buenos Aires: Capital intelectual, 2012.
2. Althusser, L. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
3. Badcock, C.R. *Levi-Strauss. El estructuralismo y la teoría sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.
4. Dosse, F. *La historia en migajas*. México: Universidad Iberoamericana, 2006.
5. Foucault, M. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
6. Francisco I, *Periódico Clarín*, Buenos Aires, 27 de abril de 2014.
7. Guevara, E. *Conferencia Tricontinental, 16 de abril de 1967*, Centro de Estudios Che Guevara Disponible en: www.centroche.co.cu
8. Lacan, J. *Seminario 17: el envés del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1992.
9. Mandel, E. *Lecciones de mayo 1968 en París*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, 1970.
10. Miller, J.A. "Todo el mundo es loco". *Revista Lacaniana*, Nº 11. Buenos Aires: Grama, 2011.
11. ----- *Psicoanálisis y política*. Buenos Aires: Grama, 2004.
12. Milner, J. C. *La arrogancia del presente*. Buenos Aires: Manantial, 2010.
13. Paulo VI. *Encíclica Populorum progressio*, 1967, artículo 23.
Disponible em: www.vatican.va
14. Roudinesco, E. *Lacan*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1994.
15. Touraine, A. *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*. Buenos Aires: Signos, 1970.